

calificar de magníficas, faltas de personalidad, enlazadas a otras insignificantes que les roban toda belleza, poniendo de relieve en estas últimas su ridiculez. Luego, las estrechas calles parecen verdaderos canales por donde entrecruza la multitud en un continuo vaivén, de modo molesto, tropezándose unos con otros; visto a distancia pudiera compararse ese maremagnum al ir y venir de las hormigas cuando van en busca de provisiones.

Los coches, carros, automóviles, guaguas, tranvías, en fin toda clase de vehículos con sus monótonos ruidos, hacen de la ciudad un verdadero manicomio, capaz de deprimir el cerebro mejor equilibrado; no en balde se suceden en esa jaula colosal, tantas escenas espeluznantes.

La ciudad conserva en todo su radio de extensión, y hasta podemos agregar, algo más allá, un aura especial, característica, mezclada de todas las infinitas emanaciones que de ella se desprenden. Esa aura artificial, enraizada, por la que el aire circula arrasando consigo todas esas emanaciones, es impropia para ser absorbida por por nuestros sacos pulmonares. ¿En qué lugar de una «gran urbe» podremos hacer una «inspiración profunda» con la seguridad de oxigenar debidamente nuestra sangre? Me parece que difícil nos sería hallar en ella tan rico manantial de vida.

He aquí por qué la enfermedad se ceba tanto en las ciudades: se vive en ellas en un «medio» anormal por completo; podemos considerarlas como «pústulas» compuestas de material humano en estado de descomposición.

La locura, la histeria, la neurastenia, etc., son enfermedades muy comunes en los habitantes de las grandes poblaciones. Esa horrorosa estrechez en que se vive, junto con los demás factores, ya apuntados, dan lugar a las enfermedades más varias del sistema nervioso.

No digamos nada desde el punto de vista higiénico, el enumerarlo tan sólo, sería una tarea sumamente difícil: el aire confinado de las habitaciones, la

carencia de ventilación, el hacinamiento de los individuos, etc. son casos que están al alcance de todos.

El conglomerado de habitantes de las grandes ciudades, trae como consecuencia una depresión nerviosa de índole tal, que no permite que los individuos desarrollen sus facultades intelectuales con toda la expansión necesaria; a más, la atención siempre la tienen ocupada, ya en los distintos medios que hay en las ciudades para distraerla, ya en la ocupación continua a que necesariamente tienen que entregarse para librar la subsistencia; de aquí que los conduzca a ser sistemáticos y rutinarios, poco dados a la reflexión, por lo menos fuera del centro de acción en que se desenvuelven.

Una de las cosas más perjudiciales que entiendo produce la ciudad al individuo, es que, permaneciendo confinado en ella, llega a perder el atractivo que todo ser siente a la Naturaleza: la elevación de los edificios le impide la contemplación de la bóveda celeste en todo su hermoso conjunto; la distancia que le separa del campo le hace desconocer su verdor y aroma; la agradabilidad de las grandes perspectivas de tierras y espacio le son desconocidas. Bien observado el hombre de la ciudad es un prototipo particular de la especie humana; la vestimenta adoptada por los individuos de ambos sexos les hace ser de cierta manera que les imposibilita vivir en otro lugar del planeta que no sea dentro de la ciudad, es más, que repudia cuanto no sea la vida en ella. Obligar a un individuo de estos a vivir en el campo equivaldría a sacar un pez del agua y querer que continuase viviendo sobre la tierra. La ciudad es su «medio», pero medio detestable, repleto de multitud de vicios que como consecuencia lógica ha traído la irritabilidad nerviosa de la vida en la misma.

Aunque es al pobre al que más perjuicio le causa la vida de la ciudad, sin embargo de ello, no se encuentra exento el rico a pesar de sus múltiples comodidades, es más, que bien notado resulta ser su mayor víctima. El